

GIORGIO MANGANELLI

LA CIÉNAGA DEFINITIVA

Edición de Ebe Flamini

Traducción de Carlos Gumpert



Ediciones Siruela

Nota al texto

El manuscrito de *La ciénaga* definitiva se hallaba, en el momento de la muerte de Giorgio Manganelli, que tuvo lugar el 28 de mayo de 1990, en la fase precedente a la última revisión.

La editora se ha limitado a descifrar las correcciones autógrafas y a seguir las indicaciones del autor para el desplazamiento de algunas palabras.

El manuscrito no llevaba título. El que ha sido elegido recoge una formulación que aparece en la primera frase del capítulo 3.

Ebe Flamini

Mi memoria es oscura, cada vez más ajada con el pasar de los años, de cuanto me trajo a este lugar desierto que se me ha convertido en patria. Rememoro una ciudad suntuosa, edificios hispídos de pináculos, marañas de calles sutiles, subitáneas plazas; a una de éstas se asoma una casa de habitaciones angostas, sin duda una casa ilustre, en cuyas paredes campeaban escudos, lemas, ahora en la memoria risibles y siniestros, ya que lo que recuerdo es una multitud que, de noche, abarrotaba la plaza que antecedió al portón –un portón elaboradamente ornado por bestias alegóricas, devotamente heráldicas– y gritaba mi infamia. Se agitaban antorchas, como prometiendo la hoguera, se sacudían hierros; pero ¿qué habría hecho para ser objeto de tamaño furor? Ahora la multitud calla, ahora se adelanta un hombre vestido con las variopintas ropas del verdugo, del enviado de la justicia y lee unos papeles, los grita más bien, y mira hacia las ventanas de la casa, y detrás de aquellas ventanas estoy yo, agazapado, escuchando; lee, el enviado de la justicia, una relación de mis crímenes que se han convertido en mis señas de identidad. ¿Así que he estafado, he cometido violencia, he agredido, he perpetrado actos intolerablemente sacrílegos?

La ciudad en la que vivo es singularmente pía, y si bien per-

misiva respecto al vicio más accesible e ingenuo, no tolera los ultrajes con aires de desafío a lo que aquí es sacro. No alcanzo a recordar qué pude haber hecho, qué templo hube profanado y de qué guisa, ni a qué divinidades hube desafiado, ni en verdad alcanzo siquiera a recordar cuáles eran las divinidades que en aquella ciudad antigua y severa se adoraban con ritos fastuosos y exigentes. ¿Creían en un único dios o en varios? ¿O tal vez fueran demonios, espíritus o genios aquellos a los que había ofendido, o difuntos, esos muertos taciturnos y elocuentes que ciertas familias adoptaban como guardianes de sus efímeras fortunas?

Había perpetrado algo intolerable y que la ciudad no toleraría. Había visto a hombres más sosegados y modestos que yo arder entre las llamas de una hoguera altísima, casi un edificio, no carente de elegancia osaría decir; en esta ciudad corre sangre de reyes; y la gente, vestida con trajes pintorescos, mucho se recrea en ello. Nada recuerdo de mis delitos, pero jamás he olvidado aquel momento de horror, puesto que sabía que en ningún caso hubiera sido capaz de argumentar en mi defensa, de extenuar la violencia de las acusaciones, de explicar cómo aquellos gestos impíos encerraban un secreto gesto devoto, acaso una improbable reverencia ritual. No me cabe esperar el inducir a esa multitud a una tregua, de modo que huyo, abro las puertas de par en par y exhibo la espada desenvainada ante mí; se hace el silencio, mi desesperada audacia no asusta, pero asombra, y puedo así perderme por el dédalo, el laberinto de las calles, a punta de espada hago que me sea entregado un caballo y huyo, dejo la ciudad que no volveré a ver jamás; dejo sin duda a alguien a quien amo, estudios dilectos, paseos meditabundos con amigos de ardua compañía, dejo una gran y noble biblioteca, y acaso también compañeros viciosamente dilectos, impías discusiones sobre la eternidad de las penas infernales, juegos agudamente nigrománticos, dejo fantasmas que he evocado pero no liberado de mi poder y que ahora tal vez sigan debatiéndose aún por las calles de aquella ciudad de antigua belleza: los dioses, los dioses a los que dicen que yo he insultado, pierden todos sus nombres mientras cabalgo en la noche, no recuerdo ya en qué creía, qué

fantasías pudieron empujarme a desafiar potencias de las que lo ignoro todo y que ya no volveré a nombrar jamás, ni en rezos ni en imprecaciones.

2

La ciudad en la que me detengo para dar tregua al caballo y a mí mismo es pequeña y pobre, carente de belleza, pero famosa por las brutales asechanzas de sus habitantes; no tengo más que declararme fugitivo de la ley para ser bienvenido, acogido como un cómplice de congojas. Sólo en ese momento veo a fondo cuán desventurada es mi condición; encuentro paz, e indudablemente se trata de paz, entre asesinos, rufianes, homicidas por dinero, mujeres inmundas; siento una acre paz como sólo la asiduidad del pecado puede conferir. De esa villa sólo tengo recuerdos nocturnos, y quizá pasara allí sólo una noche, o tal vez osara asomarme por las calles sólo de noche; de aquella villa no poseo otros recuerdos de luces que no sean de linternas. Hombres vestidos de manera extravagante me saludan como uno de ellos, podrían proporcionarme trabajo como degollador, carterista, falsificador, pero yo no quiero detenerme; ¿sabría alguien indicarme un lugar donde pudiera hallar asilo, amparo de las furias de una ciudad que desea mi exterminio? Un viejo que oculta su rostro en las sombras de una lucerna me habla por vez primera de la ciénaga.

3

No es, ésta, una ciénaga, sino en cierto modo la ciénaga definitiva, un lugar donde, oigo que se me dice, ningún corregidor o verdugo osaría adentrarse; pero es un sitio en el que es difícil entrar e imposible salir; donde yo estaré a salvo pero absolutamente solo y excluido para siempre de todo trato humano. ¿No me gustaría llevarme conmigo a una tierna infanticida para el justo trato de la carne? Hago un gesto de negativa,

no quiero más que un refugio que mantenga alejadas de mí las manos despiadadas de los justos. A la ciénaga no osa ir sino quien ha realizado gestos tales que le hayan granjeado el abandono de los dioses y el odio de los hombres. ¿Ha habido, pues, quien ha ido a la ciénaga antes que yo? Las respuestas son vagas: quizás hace muchos años alguien fuera, pero eso no significa que haya conseguido penetrar, ya que incluso el propio ingreso en la ciénaga resulta sumamente arriesgado. Pregunto si existen senderos, aunque sean angostos, impracticables; me dicen que la ciénaga no está inmóvil, y que hay senderos, pero que mudan día a día, o por lo menos mes a mes; no es posible reconocerlos de manera cierta. ¿Hay guías? No, allí no hay guías, porque nadie osa adentrarse en la ciénaga, donde no hay más que hierbas lacustres, setas, gusanos, culebras, minúsculos animales y donde la tierra ora resiste, ora cede ante el pie aventurero. Si hay quien afronta la ciénaga, sabe que nadie le ayudará, que nadie escuchará sus gritos de socorro si tiene la desgracia de hundirse en el lógamo. ¿Hay mapas, alguna señal? El viejo, oculto a la sombra de la lámpara, habla de nuevo: dirigirse hacia la ciénaga no es difícil, al contrario, es casi inevitable, el peligro reside precisamente en ello, en que uno se da cuenta de la ciénaga sólo cuando ya está dentro, demasiado dentro; uno se interna por un bosque despejado y benévolo, avanza como si fuera una excursión, un tranquilo paseo por razones de salud. ¿No dicen los médicos que el aire de los bosques favorece la salud, regocija los pulmones, distiende los nervios y ayuda al difícil sueño de quien tiene por costumbre las culpas y los crímenes? El pie no anuncia nada anómalo, se va avanzando y sólo cuando el pie resbala una primera vez advertimos que nos hemos adentrado en lo profundo de la ciénaga; que a nadie se le ocurra entonces volverse bruscamente para deshacer lo andado, puesto que el movimiento del pie abriría un remolino del que nadie podría librarse; así pues, habrá que seguir avanzando, tratando a la ciénaga como si fuera algo vivo, y malvadamente vivo, a quien puede intentarse embaucar, pero no desafiar. Es necesario ca-

minar de lado, poco a poco, sin dar a entender en ningún caso a la ciénaga que se pretende huir, o bien es necesario avanzar, confiando en la clemencia del suelo, que a veces, sin que se entienda el motivo, se endurece y parece ayudar al camino. ¿Tiene nombre la ciénaga? Estoy pensando en esas divinidades a las que, según dicen, he insultado. No, la ciénaga no parece tener nombre, o si lo tenía se ha vuelto impío el pronunciarlo, no puede tolerarse, es el nombre del olvido y del terror. ¿Quiero, pues, dirigirme hacia la ciénaga? ¿No preferiría detenerme en esa villa donde la justicia no osa exigir sus tributos? Ya no oso detenerme entre los seres humanos, recelo de la justicia de los justos y de la aún más exigente de los injustos, deseo la fuga. ¿Habrá alguien que me indique el camino? El viejo me acompaña fuera de aquella habitación repleta de humo y me indica un camino, un sendero que nos parece bueno a mí y al caballo; y de repente, en el momento en el que me despido, el viejo me dice estas palabras: «Si consigues llegar hasta el centro de la ciénaga, encontrarás una casa; está vacía, las puertas están abiertas, será tu casa». ¿Quién ha construido esa casa? ¿Cómo ha sido posible construirla en medio de la ciénaga? El viejo repite: «En el centro de la ciénaga, si consigues llegar hasta allí, encontrarás una casa. Es mía». ¿Querría decirme tal vez que nunca llegaré al centro de la ciénaga, y que la casa imposible no existe, o si existe es también imposible, algo que ningún ser humano, por muy culpable que sea, puede conseguir? Quizá no haya sido construida por manos humanas, quizás uno de los dioses de esta villa de asesinos se refugiara en la ciénaga y se construyera esa casa inaccesible. El viejo me escucha y ríe levemente. Quizás un dios haya construido esa casa, pero un dios solitario, propenso al desaire, pendenciero, torvo, que se encuentra a disgusto, como un párvulo, como un colegial, entre aquellos honestos, moralmente comprometidos asesinos, una sociedad, una colectividad sostenida por ritos.